

# DÍA DE NIEVE

(La quinta cita)

## **El día de la quinta cita de Avery y Ryan, nieva.**

No es nada fuera de lo común: nieva mucho en las ciudades donde viven. Pero esta es la primera nevada y siempre causa cierta sorpresa. El invierno ya es algo innegable, aunque aún hay hojas que se niegan a abandonar los árboles. Los días se han acortado poco a poco, de a un minuto o dos de luz solar por tarde, pero eso no es tan notorio como el cambio repentino que trae la nieve.

Si Avery y Ryan vivieran en la misma ciudad, la nieve no hubiera tenido un gran impacto en su cita. El camino hacia su encuentro hubiera sido un poco más lento, un poco más cuidadoso, pero todo hubiera salido como lo planearon. Resulta que Ryan está conduciendo hacia Avery. Podrían haberse encontrado a mitad de camino, pero para ellos no existe un punto medio, de hecho, no hay nada realmente en un radio de ochenta kilómetros a la redonda. Un par de cines. Un par de restaurantes. Un centro comercial que

vio épocas mejores. Un Walmart donde sin duda te toparías con al menos tres personas que no querrías ver mientras tienes una cita. Lugares donde pasar el rato, pero eso no implicaba que quisieran visitarlos, al menos no para una ocasión especial. A esta altura, para Avery y Ryan, cada cita es una ocasión especial.

Se conocieron en un baile (un baile de graduación gay); el chico de cabello azul (Ryan) y el chico de cabello rosa (Avery) se vieron y llenaron sus mentes de música, color, timidez y la necesidad inexplicable, pero poderosa, de superar la timidez. El vínculo ha avanzado a una velocidad para la que Ryan y Avery no tienen punto de referencia. ¿Están yendo rápido? ¿Lento? ¿Al límite de velocidad? Ryan ha conocido a los padres de Avery; Avery aún no ha conocido a los padres de Ryan, pero al menos sabe que no tiene nada que ver con él y todo que ver con que los padres de Ryan no están listos para que su hijo de cabello azul lleve a su novio de cabello rosa (o un novio con el cabello de cualquier otro color) a casa.

Los padres de Avery siempre han sido comprensivos, incluso antes de que él supiera que era un chico y que el mundo debería reconocerlo como un chico. Cuando compartió su verdad con ellos, no le restaron importancia y no intentaron persuadirlo de lo contrario. Y cuando Ryan llegó a la vida de Avery, y Avery permitió que también llegara a la vida de sus padres, fueron más que acogedores. A Avery no le sorprende particularmente, a pesar de que todavía siente que está compartiendo con ellos un capítulo que aún se está escribiendo y está un poco nervioso por cómo lo interpretarán. Mientras tanto, Ryan no está familiarizado con este nivel de aceptación. No sabe cómo actuar cerca de los padres de nadie, porque los suyos son muy negadores.

Ryan no mira el pronóstico del clima cuando toma las llaves y sale de su casa. En la escuela mencionaron que había probabilidad de nevadas, pero Ryan ha aprendido a no escuchar los rumores cuando está presente; la mayoría son más desagradables y menos importantes que el pronóstico del clima. Cuando los primeros copos de nieve tocan su parabrisas, es algo tan gradual que parece como si unas pequeñas arañas traslúcidas cayeran del cielo dejando filamentos a su paso. Recién cuando está a diez minutos de la casa de Avery necesita encender los limpiaparabrisas y reducir la velocidad. La nieve ha empezado a arremolinarse en el cielo, y Ryan no puede evitar sonreír al ver algo sólido materializándose en el aire, como si hubiera sido invocado por un hechizo amable.

Siente que ya conoce de memoria el camino... pero a veces el corazón toma direcciones erróneas. Podría llamar a Avery para pedirle indicaciones, pero elige confiar en la guía de su teléfono, dado que quiere que Avery piense que sabe el camino de memoria. (En la quinta cita, uno siempre busca maneras de pavimentar el camino a la sexta, la séptima y la octava cita).

Avery espera junto a la ventana, así que también sabe que está nevando. No nieva tanto como para que su satisfacción necesite ser reemplazada por la preocupación. No, mientras observa la nevada, no imagina a Ryan en un accidente o a Ryan obligado a volver a casa. En cambio, siente la fascinación elemental que genera ver al mundo alterado de modo tan casual, la sensación cautivadora de ver caer algo tan carente de patrón.

Cuando la furgoneta de Ryan aparece en medio de la nieve, el corazón de Avery se vuelve lo opuesto a la nevada: ese momento extraño y ventoso en el que miras y ves que la nieve está flotando hacia arriba.

Nieve suspendida. Cuando Avery ve a Ryan aparcar al frente de la casa, su corazón se vuelve nieve suspendida.

Intenta proteger su corazón, pero los guardias están distraídos. Está intentando encerrar su entusiasmo, pero siempre deja la puerta sin llave. Sabe que es peligroso gustar tanto de alguien.

También hay mucho nerviosismo. Avery controla su propio cuarto, pero no tiene control sobre la casa entera. A su madre le gusta colgar retratos familiares y, como resultado, hay muchas fotografías de Avery de niño, Avery antes de que se supiera todo, Avery antes de que se entendiera todo. Su madre ha sido muy clara al respecto: dolería más borrar el pasado. Dijo que era mejor hacer las paces con él. No había motivo para esconderlo o para desconocer al niño que Avery había sido. Avery creía que era mucho más complicado que eso, pero a la vez, sus padres habían sido tan buenos con todo lo demás que no le parecía justo decirles que quitaran todas las fotos de antes. En algunas imágenes, Avery luce muy feliz. Algunos de esos días lo era. Otros, no tanto. Solo Avery tiene acceso a los sentimientos que vivían ocultos. Incluso cuando era apenas un niño.

Es imposible que les pida a sus padres que quiten las fotografías ahora solo porque Ryan visitará. Sabe que no vale la pena intentar curar su pasado, intentar presentarlo ante Ryan como si hubiera sido distinto. Uno de los aspectos más excitantes e intimidantes de Ryan es que Avery quiere contarle la verdad. Esto es algo que ambos han encontrado en el otro. Nada de farsas. Hablarán sin disfraces.

Esto también pone ansioso a Ryan, pero es una ansiedad que está dispuesto a sortear, del mismo modo en que está dispuesto a salir a la nieve y caminar con viento en contra para llegar dentro de la casa. Ve a Avery en la ventana al detenerse, ve su cabello rosa y la lámpara

junto a él, el modo en que sobresale como un faro en un día tan gris. Ryan una vez escuchó la frase “deja una luz encendida para mí” y le pareció uno de los pedidos más románticos que había oído. Le agradaba la idea de que cuando te enamoras de alguien, la otra persona se vuelve el guardián de tu faro, sin importar si eso implica quedarse despierto toda la noche, mirando la oscuridad hasta que asuma la forma de tu amado volviendo contigo.

Ryan apaga el motor y casi de inmediato el parabrisas queda cubierto de nieve. Apaga las luces delanteras y, por un instante, aparece el silencio sincero del mundo natural. Aunque su guardián del faro espera, permanece sentado unos segundos escuchando la música de la nieve, el tintineo leve de los copos tocando el vidrio. Abre la puerta y hunde su pie en la acumulación de nieve que cubre la entrada. El frío cubre de inmediato sus orejas, sus dedos. Sube corriendo los escalones y deja a su paso huellas frescas. Cuando llega a la puerta, ya está abierta. Cuando llega a la puerta, encuentra a Avery con un suéter azul, a Avery sonriendo como si la llegada de Ryan fuera el mejor regalo que un chico podría desear. Se detienen y se miran. Un poco más de nieve cae sobre el hombro de Ryan y salpica su cabello. No lo nota. No hasta que entra y Avery se la quita, usándolo como excusa para el tacto inmediato, una bienvenida que empieza en la coronilla de Ryan y baja por el lateral de su rostro y su cuello.

–Me alegra tanto que estés aquí –dice Avery.

–A mí me alegra mucho estar aquí –responde Ryan.

Avery, que había estado adentro las últimas horas, no tiene idea de cuán cálida es su casa o que Ryan siente como si estuvieran horneando galletas a pocos metros de ellos. Es el tipo de calidez en la que uno quiere acurrucarse.

Hay pasos en otro cuarto y la madre de Avery dice:

–¿Ya llegó?

Ryan seca sus zapatos en la alfombra, se quita el abrigo y se lo entrega a Avery, quien lo cuelga del picaporte hasta que esté seco para guardar en el armario. La madre de Avery sale de su oficina en casa, le da la bienvenida a Ryan y le pregunta cómo estuvo el viaje. Ryan no está acostumbrado a este tipo de conversación con padres, quizás su padre le hubiera dicho “¿No hubo problemas en el camino?”, pero no hubiera querido saber nada más al respecto. Para la madre de Avery, parece que la conversación es el primer paso para más charla, más temas.

Le pide a Ryan que deje sus tenis junto a la puerta, pero lo hace sentir como un favor en vez de como una orden. Ryan obedece, luego se preocupa por no dejar expuesto el agujero que tiene en el talón del calcetín izquierdo. Si la madre de Avery lo nota, no dice nada.

(La madre de Ryan sin duda hubiera dicho algo y no hubiera sido nada muy agradable).

–Bueno, no los molestaré –promete la madre de Avery, pero permanece con ellos un poco más–. Así que necesitan algo, saben dónde encontrarme. Hay panecillos en la cocina. Creo que tenemos de arándanos, tal vez alguno de zanahoria... o de salvado. No sé qué opinas del salvado, Ryan. O de las pasas, creo que esos tienen pa...

–Ya entendimos, mamá –Avery la interrumpe. A Ryan le divierte verlo tan molesto por la charla extensa sobre panecillos.

La madre de Avery ríe y alza las manos para rendirse.

–Como dije, estaré en mi oficina si necesitan algo.

Le lanza una última mirada a Avery (*te quiero incluso cuando eres grosero conmigo frente a tu amigo*) y se marcha.

Cuando la madre de Avery sale de la habitación, Ryan se aparta de la puerta y ocupa el lugar de Avery en la ventana. Ahora, la nieve se arremolina en ráfagas y las nubes se disuelven en medio de una pelea. Las ramas de los árboles empiezan a balancearse, como si reconocieran que la nieve cae más rápido.

*Qué suerte que llegué,* piensa Ryan.

Avery aparece detrás de él y, por un instante, no sabe dónde poner las manos. Tener a Ryan ahí después de haber pasado tanto tiempo imaginándolo cerca... Despacio, mueve su brazo debajo del de Ryan y mueve la mano sobre el pecho de Ryan. Luego, presiona su propio pecho contra la espalda de Ryan y mira por encima del hombro para que los dos contemplen juntos el paisaje nevado.

Ninguno dice en voz alta lo hermoso que es, pero los dos piensan que es hermoso.

Avery siente que Ryan se pone tenso un segundo, y luego entiende por qué. La señora Parker, la vecina de en frente, está saliendo de su casa, como lo ha hecho cada veinte minutos durante las últimas dos horas, para esparcir sal en su entrada. Es el mismo movimiento que usa para darles semillas a los pájaros en el verano.

La mujer no levanta la vista, pero Ryan se pone tenso al pensar en que lo haga. Que los vea. Que les quite ese momento que es de ellos y que ella lo convierta en algo distinto en su cabeza.

Avery sabe que a ella no le importaría, que incluso le parecería dulce ver al chico de cabello azul y al chico de cabello rosa tan juntos como un diario y su candado. Pero es imposible que Ryan lo sepa.

Ryan voltea. Avery afloja los brazos para permitir que se forme otro abrazo. Ahora están cara a cara, apartados del pasillo, escondidos del exterior por la puerta.

–Te extrañé –dice Ryan.

Avery se acerca y lo besa. Una vez, pero permanece allí.

–Yo también te extrañé.

Ryan y Avery hablan todos los días e intercambian mensajes cada hora que están despiertos y que tienen permitido estar con sus teléfonos. Chatean por largas horas cada noche, un comentario recurrente que suele convertirse en digresiones. Pero nada de eso puede curar la falta que han sentido; es más, hace que se extrañen con mayor intensidad. Como le dijo Avery a Ryan una noche, mucho después de que supuestamente se hubieran ido a dormir: “Lo que estamos haciendo ahora tiene sabor a sandía. Pero cuando estamos juntos, es sandía”. Aquello tuvo sentido para Ryan en ese momento y ahora lo entendía aún más. Besar a Avery es sandía. Tener sus brazos a su alrededor es sandía. Ser capaz de mirarlo a la cara mientras habla es sandía.

–¿Qué quieres hacer? –pregunta Avery.

Y Ryan piensa. *Esto. Sandía.*

Aquí, en la quinta cita, otro atisbo precioso de la verdad sobre el amor: hay un punto en el que no importa en realidad qué hacen, en el que la pregunta sobre qué hacer se vuelve secundaria por un largo tiempo. La respuesta se reduce a las palabras más simples e importantes:

Tú.

Aquí.

Nosotros.

*Esto.*

Todas encajan con facilidad en otra palabra simple, “Ahora”, y en una palabra un poco más sofisticada, “Amor”.

Pero Ryan tiene dieciséis. No se da cuenta de que estas palabras

simples son respuestas dignas, al igual que Avery, de la misma edad, no sabe que está bien no tener un plan que hacer a continuación.

Al no saber cuál debería ser la respuesta, Ryan responde:

–Es tu casa. Te sigo.

A Avery le encantaría permanecer allí, besando a Ryan unos minutos más. Pero siempre está el riesgo de que su madre recuerde otro sabor de panecillo en la cocina y que vuelva a compartirlo con ellos.

–¿Vamos a mi cuarto? –propone. Luego, sonrojado, se siente obligado a añadir–: No porque tenga una cama, sino porque, em, es mi cuarto.

Ryan sonríe.

–Me parece bien.



**Esta es la geografía de una casa, a las cinco de la tarde en una quinta cita:**

En un cuarto, una madre tipea. Cada tanto, se detiene a pensar en lo que está escribiendo, pero su cabeza rara vez se aparta de ello. En la cocina, el refrigerador y el reloj tienen una conversación apenas audible. El garaje espera como una ballena dormida; cuando un padre llegue a casa a horario, abrirá su boca con un estruendo que todo el resto de los ocupantes de la casa escuchará. A su vez, la sala de estar ofrece una luz ante la noche creciente. El vestíbulo está húmedo de huellas; un par de tenis espera junto a la puerta. En el pasillo, dos chicos caminan en fila, ambos en calcetines, ambos mirándose mucho más de lo que miran sus pasos o lo que decora las paredes. Adelante,

una habitación espera que enciendan el interruptor para cobrar vida. Más allá, hay otro cuarto, descansado. En el baño, el grifo gotea, como si intentara imitar la precipitación afuera. Han dejado levantado el asiento del retrete. Tres cepillos de dientes están firmes; dado que no conversan, debemos asumir que están escuchando todo lo que está pasando en la casa.

Todo esto está rodeado de nieve. El techo ahora está cubierto. La furgoneta en la entrada está tan blanca como la entrada. Si lo vieran desde arriba, habría que hacer un esfuerzo para encontrar la casa.

Pero no están mirando desde arriba.



**Ryan observa el cuarto de Avery con una mirada curiosa y cariñosa.** Los posters en las paredes pertenecen a artistas, no bandas. Las estanterías están organizadas por color: azul, rojo, azul, verde, rojo, verde, amarillo, verde, y así sucesivamente. La cama está en una esquina, la única ventana del cuarto está en la cabecera.

Ryan se acerca y mira afuera. En pocos minutos, estará demasiado oscuro para ver la nieve, pero todavía es posible distinguirla. Avery lo acompaña y juntos observan los copos caer como signos de puntuación que caen de una oración.

Avery toma asiento en el suelo, posa la espalda contra la cama. Ryan hace lo mismo, toma asiento junto a él de modo que sus piernas se toquen y sus brazos se superpongan. Avery piensa que es raro cómo funciona esto. Cuando alguien te mira, te sientes demasiado como un cuerpo, con todas tus fallas molestas en exposición. Pero cuando

alguien está a tu lado, cuando alguien es un cuerpo para ti como tú lo eres para el otro, se vuelve más cómodo, más valioso. Sentir la piel de Ryan y saber que al mismo tiempo Ryan siente su piel. Saber que son diferentes, pero que tal vez la sensación es la misma, como respirar es igual, como los latidos son iguales. Avery lo disfruta. Lo siente.

—¿Cómo estuvo tu día? —pregunta Ryan y, los próximos minutos, hablan sobre la escuela, amigos, la primera aparición de la nieve en el cielo. Esto también es parte de lo que necesitan: ser como todos los demás, tener tiempo para recostarse así y narrar lo ocurrido desde la última vez que hablaron. No hay nada revelador. La parte más excitante del día ha sido esperar ese momento, entusiasmarse por compartir eso mismo.

—¿Eso es un anuario? —pregunta Ryan, mirando la parte inferior de la estantería de Avery. Se acerca para tomarlo.

—¡No! —dice Avery—. ¡No lo hagas!

Ryan toma el libro con una maniobra exagerada. Avery lo taclea de modo más exagerado aún. Después de ceder con resistencia juguetona, Ryan se estira en el suelo. Avery lo derriba igual.

Aquí es cuando la situación puede dejar de ser inocente. Aquí es cuando la calidez puede convertirse en calor. Pero ni Ryan ni Avery quieren eso, ahora no, todavía no, no recién iniciada la cita. Así que, en cambio, continúan jugando: Avery se acerca para besarlo y luego se separa antes de tocar sus labios. Riendo. Después se inclina para un beso de verdad y Ryan se incorpora para dárselo.

Avery lo sujeta con menos fuerza. Se besan un poco más de modo casual. Ryan extiende la mano, como si fuera a despeinar a Avery o tocar la curva de su hombro. Pero es otra farsa: Ryan extiende el brazo lo suficiente para tomar el anuario y sacarlo del estante.

Avery gruñe, pero no se resiste. Ni siquiera cuando Ryan se incorpora y empieza a hojearlo. Es el anuario del último año, y dado que Avery estaba en segundo año, no aparecía tanto en sus páginas.

Mientras Ryan hojea, Avery lo observa y nota detalles que no ha visto antes: las partes en las que el cabello azul de Ryan empieza a desteñirse, la constelación de marcas de nacimiento en su brazo. Ryan hace un par de preguntas sobre algunas personas de las fotos, y Avery responde cuando puede: su escuela es demasiado grande para que conozca a todos y, además, no es su estilo conocer a todos. Tiene su grupo pequeño de amigos y a los chicos con los que participa en la obra escolar, y con ellos es con quien pasa la mayor parte de su tiempo.

Ryan por fin llega a la página donde reside la foto de segundo año de Avery, parte del mosaico desagradable del tamaño de una estampilla que le fotógrafe de la clase introdujo en sus marcos. La foto es demasiado pequeña para que Avery la odie, aunque la persona en ella se siente como una piel que ya ha cambiado.

—Lindo corte —dice Ryan, sin maldad en la broma.

—¡Estaba experimentando!

—¿Con qué?

—¡Con cortes de cabello malos!

Es una fotografía en blanco y negro (solo los del último año iban a color), así que no se ve el anaranjado patético que Avery había lucido el día de las fotos; era algo parecido a la mermelada cuando su intención había sido parecer una calabaza de Halloween. Poco después, había llegado el rosa.

—Yo usaba el mío largo hasta los hombros —confiesa Ryan—. Tenía doce o trece años y creía que me hacía parecer *rudo*. De haber podido

tener barba en ese entonces, también la hubiera usado. Ahora lo pienso y sé que era un camuflaje, y ni siquiera uno bueno. Mi madre me vio un día corriéndolo sobre mi hombro, al mejor estilo supermodelo, y me preguntó atónita, “¿por qué estás haciendo eso?”. Y pensé, *ah, cierto*. La próxima vez que fuimos a la barbería, ella no tuvo que decir nada. Pedí que me lo cortaran y el barbero les pidió a todos los otros chicos presentes que aplaudieran.

–¿Lo extrañas? –pregunta Avery. Ryan resopla.

–Para nada. Podría haber exprimido la grasa de ese cabello y llenar botellas. Se había vuelto asqueroso.

Avery rasca su cabeza por reflejo. Ryan lo nota y sonríe.

–Lo siento –continúa–. Creo que es mi manera de decir que todos tuvimos alguna vez un mal corte de cabello. O falta de un mal corte.

El garaje abre su boca en ese instante y llena la casa de su ruido. Avery mira el reloj: es un poco temprano para que su padre haya regresado.

–Deben haber cerrado su oficina por la nevada –le dice a Ryan al reconocer el ruido–. Afuera debe estar empeorando.

No mencionan lo que eso implica. Si el clima empeoró lo suficiente para que el papá de Avery llegara temprano, probablemente significa que Ryan debería hacer una salida de emergencia. Pero Ryan decide que no tiene intenciones de partir.

(A Avery ni siquiera se le ocurre que Ryan tal vez debería irse temprano).

–¡Chicos! –exclama la madre de Avery–. ¡En media hora está la cena!

Avery no planeaba que cenaran con sus padres. Creía que saldrían a comer, aunque sea a Burger King. Se pone de pie para mirar por la

ventana y ve que sí, será una noche de cena en casa. Es difícil ver dónde termina la acera y empieza la calle. La furgoneta de Ryan empieza a parecerse a un iglú.

A Avery todavía no se le ocurre que Ryan tal vez debería irse temprano. O que ya ha perdido la oportunidad de irse temprano.

—Media hora. —Ryan se acerca y susurra en el oído de Avery—. ¿Qué podemos hacer con media hora?

¿La respuesta?

Coloca las manos en la cadera de Avery.

¿La respuesta?

Besos. Variaciones de besos. Repeticiones de besos. Descubrirse mutuamente a través de los besos.

¿La respuesta?

La ropa se queda puesta, porque hay padres caminando por el pasillo, porque esto no es eso, todavía no. Pero que permanezcan vestidos no implica que no haya cuerpos que tocar a través de la tela o piel donde sentir la presión y la sensación del tacto.

¿La respuesta?

No importa lo que hacen.



**Hay comida en la alacena, en el refrigerador e incluso velas y cerillos esperando en la mesada de la cocina, en caso de que se corte la electricidad. También está la narración constante del canal del clima en la televisión de la sala de estar, la tormenta parece como una sola nube merodeando sobre un cuarto del país.**

Ryan y Avery funcionan como un espejo el uno del otro, se aseguran de que sus prendas luzcan bien antes de ir a la cocina. Si los padres de Avery notan algo fuera de lugar, no dicen nada. Además, la madre de Avery está ocupada con la cena y el padre de Avery está ocupado con el clima. Dado que ya oscureció, la televisión es su ventana.

—Ahí están —dice la madre de Avery cuando Ryan y Avery entran, como si no hubiera sabido dónde estaban—. Creo que necesitamos hablar. Primero, me di cuenta de que no te pregunté si tenías alguna alergia o alguna restricción alimentaria, Ryan.

—No tengo problema con nada —responde él. Hay unas cien comidas que odia, pero ella no preguntó eso. Ryan es bastante nuevo aquí, así que comerá cualquier cosa que ella haga.

—Genial. Cenaremos pollo, patatas y brócoli, me pareció que no sería algo controversial. El tema más importante es la nieve. Dicen que los caminos son un desastre y que la tormenta no parará hasta medianoche como temprano. Así que parece que tendrás que dormir aquí. No te dejaré conducir a casa con este clima. Me gustaría hablar con tu madre, si te parece bien. Para explicarle la situación. Supongo que no habrá escuela mañana.

Avery intenta sin éxito reprimir su felicidad, por miedo a que el universo sepa cuán contento está por este cambio de planes y envíe una ola de calor repentina. Luego, se da cuenta de que es una tontería y permite que su madre disfrute de ver su sonrisa amplia y su entusiasmo.

El ánimo de Ryan no es tan bueno como el de Avery. Está seguro de que la mamá de Avery tiene razón y que no hay modo seguro posible para que vuelva a casa. Incluso sabe que sus padres estarán de acuerdo. Pero aún existirá el problema de por qué fue allí en primer lugar,

por qué no había vuelto en cuanto vio el primer indicio de problemas. Le aumentarán la paga semanal en el infierno.

–Yo puedo llamarla –le dice a la madre de Avery–. Le explicaré la situación.

–Confía en mí –responde ella–. Soy madre. Ella querrá hablar conmigo.

Sin duda, después de que Ryan llama y le cuenta a su mamá lo que pasa y que lo que se suponía que sería una cita (no usa la palabra “cita”) se ha vuelto en una pijamada (no se acerca ni un poco a la palabra “pijamada”), ella pide de inmediato hablar con la madre de Avery. Como si la tormenta fuera un alunizaje que está grabando en un escenario seguro.

Ryan no tiene idea de si Avery le ha contado a su mamá sobre sus padres, pero la mamá de Avery eleva el tono alegre en su voz al menos tres veces cuando dice “¡Hola!” al inicio de la conversación. Luego le sigue un “Sí” serio y un “Créeme, te entiendo” empático. Después de eso... Ryan no tiene idea, porque la madre de Avery sale de la cocina y se queda fuera otros cinco minutos.

–Sin duda están arreglando nuestro matrimonio –comenta Avery mientras tanto.

–De no estar aterrado, me resultaría gracioso –responde Ryan.

El padre de Avery entra en la cocina, toma una uva del refrigerador y la coloca en su boca.

–Huele bien –dice.

–Se lo diremos a mamá –jura Avery.

El padre de Avery mira alrededor.

–Ah. ¿Dónde está?

–Hablando con la mamá de Ryan. Se quedará a dormir.

–Buena idea –dice el padre. Luego, le habla a Ryan–. No te molesta dormir en el patio, ¿cierto? Tenemos una bolsa de dormir genial en alguna parte del sótano. Creo que tiene *aislante*.

–Papá. No es gracioso.

–No quería ser gracioso. Mi intención era ser *rígido*.

La madre de Avery vuelve a la cocina. Avery cree que luce un poco menos relajada que antes. Ryan cree que luce como si acabara de hablar con su madre.

–Bueno, está resuelto. Al parecer, Ryan, tu padre quería conducir hasta aquí para buscarte, pero convencí a tu madre de que era mala idea. Creo que no entendían cuán lejos vivimos. Pero no importa: aceptaron. Les prometí cuidarte, así que por favor, nada de malabares con cuchillos y nada de atarse con cuerdas. –(No era la intención de la mujer decirlo como una referencia sexual. Ryan y Avery por supuesto que lo escucharon como una referencia sexual)–. Y –continúa– también prometí que te quedarás en el cuarto de huéspedes. El cual en esta casa es el sofá. La buena noticia es que es desplegable.

Avery sabe que no debe desafiar la decisión, pero ya está pensando estrategias para sortearla. La idea de dormir junto a Ryan es sin duda atractiva.

Ryan se pregunta si debería llamar a sus padres de nuevo para disculparse. ¿Qué podría mejorar la situación?

*Nada*, le informa su instinto. *Solo alégrate de no estar allí. Alégrate de estar aquí.*

Avery toca su espalda y se sobresalta. No puede valorar tanto el afecto de Avery con los padres de Avery presentes. Se siente... mal. No mal, solo como algo en lo que necesita trabajar.

Al percibirlo, Avery aparta la mano. Mientras tanto, su mamá dice

una grosería y corre hacia el horno; suspira de alivio cuando ve que lo abre y no sale humo.

—La cena estará servida pronto —dice.



**Durante la cena, Ryan observa el modo en que la familia hace comentarios que no usan para acusar, sino para divertirse.** Hay cosas que dicen que se entienden a la perfección solas, (*¿dónde está el aguacate?*), pero que no tienen mucho sentido para alguien externo sin el contexto de la conversación.

Durante la cena, Avery observa cuán tímido se vuelve Ryan, cuán reactivo. Avery es muy consciente de que su familia es ridícula y se asegura de poner a Ryan al día cada vez que dicen cosas sin sentido. (“Hubo una época desafortunada cuando tenía ocho años en la que quería aguacate en todo. Dado que los aguacates no son baratos, y no son fáciles de conseguir, era tortuoso para mis padres. Me daban un filete y yo decía ¿dónde está el aguacate? O espagueti. O no sé, un perrito caliente”).

Durante la cena, la madre de Avery también nota la timidez de Ryan, aunque no tiene tanto margen de comparación.

Durante la cena, el padre de Avery intenta asimilar que Avery ha llevado un novio a casa para que los conozca. Se siente como un gran paso, pero dado que Avery no actúa como si lo fuera, su padre intenta mantener oculto su orgullo.

Afuera, continúa nevando.



**Cuando la cena termina, Ryan se pone de pie para levantar la mesa.** Todos le dicen que no es necesario, que es el invitado. Pero se niega, incapaz de explicarles que siente que debe contribuir de alguna manera. Avery y sus padres ceden e incorporan a Ryan en su rutina de limpieza, lavado y secado. Hay un par de deslices (una cuchara se va por el fregadero, una búsqueda prolongada del papel plástico para envolver), pero la mayor parte del tiempo, Ryan trabaja bien. Y de este modo, deja de sentirse como un invitado. De este modo, empieza a sentir que pertenece a esa cocina, con esa gente. Conversan en vez de ver televisión mientras lavan los platos. Él responde preguntas cuando se las hacen, pero no se siente cómodo haciendo ninguna.

Esto cambia cuando está de nuevo con Avery, a solas. Los padres de Avery se van (aunque ni siquiera son las ocho de la noche, dicen que irán a descansar). Probablemente verán una película. Dormirán temprano. El padre de Avery bromea con que los despertará al amanecer para que lo ayuden a quitar la nieve de la entrada con una pala. Ryan está listo para decir que no le molestaría (le parece lógico devolverles la hospitalidad), pero Avery, percibiendo su espíritu colaborativo, dice en voz alta:

–No, creo que no lo haremos.

Ryan nunca le hablaría así a su padre.

El padre de Avery ríe.

–Está bien, está bien –dice la madre de Avery y echa al padre del cuarto. Luego, mira a Avery y añade–: Dejé toallas en el baño para Ryan y sábanas para el sofá en la sala de estar, es decir, en el *cuarto de*

*huéspedes*. –Luego, se pone más pensativa y mira a los dos chicos–. Puedo confiar en ustedes, ¿cierto? Mantengan las cosas ATP. Quizás para mayores de trece. Se están conociendo y...

–¡Ya sabemos! –Avery está avergonzado–. ¡Para mayores de 13!

(En cuanto a Ryan, quiere que el suelo lo trague).

–Bueno –dice la madre de Avery–. Tenemos un acuerdo. –Mira directo a Ryan, quien de algún modo, logra mirarla a los ojos–. La cuestión es que le prometí a tu madre que dormirías en el cuarto de huéspedes. Así que debes dormir en el cuarto de huéspedes. –Luego, mira a Avery–. Sin embargo, no hice ninguna promesa respecto a dónde dormirías *tú*. Porque confío en que los dos irán... despacio.

–¡Mamá! ¡Ya entendimos!

La madre de Avery sonrío.

–Bien. Y si salen, les ruego que usen botas.



**Al principio no salen. En cambio, van a la sala de estar, como se esperaba de ellos.** Toman asiento en el sofá y ven el canal del clima sin sonido, cara a cara con las imágenes satelitales de la tormenta. Avery toma el control remoto y está a punto de preguntarle a Ryan qué quiere ver... pero Ryan ya está viendo algo: una fotografía de Avery y su familia en Disneylandia, el verano antes de tercer grado. Avery viste orejas de Mickey Mouse y su expresión es graciosa de verdad. No tiene idea de quién tomó la foto, quién permitió que su familia molecular se pusiera en posición: Avery en el medio, sonriendo, entre las sonrisas de sus padres.

–Es tan cursi –dice ahora–. Les supliqué que la quitaran, pero les gusta molestarte.

–A mí me gusta –dice Ryan en voz baja–. Parece que se divirtieron. Aprendemos cosas el uno del otro escuchando, y en este momento, Avery recuerda que la visita a Disneylandia de Ryan no fue tan divertida. Aprende que lo que tal vez es vergonzoso para Avery no es vergonzoso para Ryan. Aprende que, si bien no tiene que ser cuidadoso con Ryan, necesita evitar ser descuidado.

–Fue divertido –admite Avery–. Siempre tenía que corregir a la gente. Querían que fuera Minnie y yo decía “¿acaso ven un moño en mi cabeza? Soy *Mickey*”.

Ryan busca su mano. La sostiene.

–Pero eres mucho *más tierno* que Mickey.

Avery ríe.

–¡Gracias!

La fotografía ya no tiene su atención. Ahora la tienen sus manos, sus dedos. El epicentro de su calma, el punto de máxima conexión.

Cada uno a su modo experimenta una sorpresa leve dentro de la comodidad de su placer. Cuando debes luchar por tu identidad y ganártela, siempre hay una parte de ti que cree que debe haber un intercambio, que por alejarte de la norma has sido sentenciado y corres el riesgo de alejarte también de la felicidad. Sientes que tendrás que esforzarte más para que alguien te quiera. Sientes que tendrás que soportar arriesgarte a tener más soledad para poder ser quien necesitas ser.

Sin embargo.

Con más frecuencia de la pensada, con esa sorpresa leve, la pelea terminará y el riesgo caerá como un capullo roto, y encontrarás que

no estás solo, que no solo otro te ve, sino que te percibe. Esto era parte de lo que intentabas alcanzar, y ahora lo lograste.

Avery cierra los ojos y se acerca a Ryan. Ryan cierra los ojos y se acerca a Avery. Por pocos minutos, permiten que esas sean sus vidas. Desde la habitación de los padres, escuchan el sonido indistinto de un programa de televisión. Afuera, hay huellas en la nieve. Avery siente la respiración de Ryan. Ryan tiene los ojos cerrados, pero en su mente, se imagina a los dos en el sofá, con la cabeza de Avery apoyada sobre el hombro.

Luego: un apretón en la mano de Ryan. Avery se incorpora. Ryan abre los ojos, lo mira y lo ve sonreír.

–Afuera –dice Avery–. Necesitamos salir.



**Es imposible que las viejas botas de Avery le entren a Ryan, así que toma prestadas las del padre de Avery.** (Avery jura que no hay problema). Se abrigan uno al otro lo mejor posible: Avery envuelve a Ryan con la bufanda con tanto fervor que tiene el cuello temporalmente momificado; Ryan insiste en subir la cremallera de Avery, en ponerle el gorro en la cabeza. Solo para poder dejar las manos sobre las mejillas de Avery. Solo para que pueda llevar a un beso.

Todos los senderos (incluso la entrada) han desaparecido con las horas. Cuando Avery y Ryan salen, encuentran silencio cristalino, oscuridad blanca. La nieve aún cae, pero casi como algo secundario, a un ritmo más suave.

Avery toma el guante de Ryan con su propio guante y lo guía al

patio. Ryan piensa por un instante en la vecina del frente, en cualquier vecino... pero luego decide apartar esos pensamientos. Se concentra en cómo sus botas se hunden en la superficie a cada paso. Se concentra en los filamentos congelados que aterrizan sobre su mejilla. Se concentra en los guantes, y en Avery, y en la profundidad de la calma que los rodea. Es un mundo sin carros, un mundo sin alarmas programadas para el día siguiente.

Avery lo suelta. No puede evitarlo: la nieve es demasiado perfecta para ser ignorada. Ryan no comprende lo que Avery está haciendo hasta que es demasiado tarde. Cuando Avery ha formado la bola de nieve, Ryan apenas está intentando conseguir su propia munición. Avery apunta. Dispara.

En el blanco.

Ryan se venga, pero Avery lo esquivo y luego dispara de nuevo y le da. Ryan arma una bola de nieve y se acerca para saltarle encima. Avery intenta escapar, pero solo lo logra a medias. Más lanzamientos. Más huellas en el patio.

Al final, Ryan ya no resiste más y taclea a Avery y lo lanza al suelo. Sus abrigos son tan gruesos que parece una pelea de almohadas, solo que los chicos funcionan como las almohadas. Es un aterrizaje suave, un empujón suave. Avery intenta escapar de las garras de Ryan, y luego deja de intentar. Permanece recostado en la nieve y Ryan se acomoda a su lado y luego están besándose de nuevo, con copos de nieve en las pestañas y mejillas rosadas por el frío.

Ryan rueda sobre su espalda y ambos miran el cielo, ven caer los copos de nieve. Es como ver las estrellas, solo que ellas aparecen cuando las llaman. La cabeza de Ryan está junto a la de Avery, su cadera está junto a la de Avery. Avery junta la piernas y forma una sola. Y Ryan,

sabiendo lo que Avery hace, lo imita. Su guante izquierdo encuentra el guante derecho de Avery y se toman de la mano. Luego, a la cuenta de tres, extienden los brazos libres y los alzan para forman alas. Un único ángel de nieve, más grande del que podrían haber hecho solos.

–No hubiera pensado que esto sería lo que estaría haciendo ahora mismo –dice Ryan. En una noche normal, probablemente hubiera estado volviendo a casa a esa hora.

–Lo sé –susurra Avery.

Ryan siente el frío húmedo filtrándose en sus jeans. Nota que su nariz está molesta y lista para perder líquido. El hueco entre la parte trasera de su gorro y su abrigo permite que un frío cruel se acomode en su nuca, a pesar de la bufanda. Pero igual, no tiene deseos de moverse.

Avery parpadea para apartar la nieve que se junta alrededor de sus ojos. Escucha con atención y no oye nada más que el lenguaje de la nieve (tenue), el lenguaje de los árboles (más tenue) y el crujir diminuto de la chaqueta de Ryan contra la de él.

–Somos las únicas personas en el mundo –dice.

–Lo somos –concuerta Ryan.

Mueven las piernas. Cierran sus alas. Se miran. Y al hacerlo, modifican levemente la superficie del suelo, la forma del mundo. No se dan cuenta, no en esos términos. Pero de todos modos lo sienten.

Mechones de cabello rosado asoman por debajo del gorro de Avery. Mechones húmedos de cabello azul se aferran al costado del rostro de Ryan, forman una curva alrededor de su ojo derecho. Ryan quiere besar de nuevo a Avery, pero ahora su nariz pierde demasiado líquido. Avery está feliz de escuchar el silencio, de mirar a ese chico frente a él.

Resisten allí.

La nieve penetra sus jeans. La nieve cubre sus abrigos y sus gorros. Ryan limpia su nariz con su guante y luego limpia el guante en la nieve.

–Si no estoy equivocado –dice Avery–, creo que así es como se muere de hipotermia.

Suena exactamente como su madre. No lo nota. Pero Ryan sí, en el buen sentido.

–Hora de volver al mundo real –dice.

–No. –Avery lo corrige–. Este también es el mundo real.

¿Lo es?, se pregunta Ryan, sin librarse por completo de la duda.

–Lo es –responde en voz alta.

Avery se incorpora y luego extiende un guante para ayudar a Ryan a hacer lo mismo. Ryan no necesita la ayuda, pero igual la acepta.

También la usa como distracción para apartar la atención de Avery de la bola de nieve que ha formado en su otra mano.



**Entrar después de la nieve: en ningún otro momento la casa se siente tanto como un hogar.** Avery y Ryan no notan cuán mojados y sucios están hasta que cierran la puerta y se quitan los abrigos y las botas con esfuerzo. Sus camisetas están bien (un poco sudadas), pero sus jeans y sus calcetines están empapados.

–Vamos a quitarte esos pantalones –ronronea Avery, y los dos ríen, porque ninguno de los dos aspira a convertir ese momento particular en uno pornográfico.

No es que Avery no tenga curiosidad. No es que no haya observado en detalle cada instante de piel expuesta que Ryan haya mostrado.

No es que a Ryan no le tiene. Está tan lejos de sus padres, tan lejos de la restricción. Pero también tiene puesta una ropa interior vergonzosa de mala calidad. Y hay tanto silencio que siente que si baja su cremallera, el sonido rebotará en toda la casa y hará que los padres de Avery lleguen corriendo.

–Vuelvo enseguida –dice Avery. Corre hasta el cuarto de lavado junto al garaje y le alivia ver que han usado la secadora, pero que aún no la han vaciado. Toma un par de pantalones deportivos de su padre y un par de jeans propios. Rápido, se pone la ropa seca, luego vacía la secadora y mete el pantalón y los calcetines mojados. Luego, descalzo, vuelve con Ryan, le ofrece los pantalones deportivos y le señala el camino al baño, donde espera su toalla seca. Ahora, es el turno de Ryan de decir “vuelvo enseguida” antes de ir a cambiarse sin hacer ruido.

No se separan por más de cinco minutos, pero los dos sienten la separación, sienten al otro en otra parte de la casa, esperando. En el baño, después de remangar los pantalones deportivos para no arrastarlos por el suelo, Ryan mira su reloj y se asombra al ver que son las diez y media. Pero no sabe si le asombra porque es muy temprano o porque ya es muy tarde. Parece lo mismo en la noche nevada.

Cuando Ryan vuelve a la sala de estar, encuentra que Avery ha transformado el sofá en cama y que está colocando las sábanas. Por un segundo, permanece en la puerta y observa a Avery lanzar su cuerpo sobre la cama para acomodar la cuarta esquina de la sábana elástica. Sin una palabra, Ryan deja su ropa mojada en el suelo y se acerca para ayudar.

–Dámela –dice.

Avery extiende la sábana superior y le lanza la mitad a Ryan. La

verdad es que él nunca, jamás, arma su cama si puede evitarlo, pero dado que es donde Ryan dormirá, siente que debe armarla bien. Así que estiran la tela juntos, haciendo movimientos paralelos para colocarla bajo el colchón, para que quede parejo.

Luego, la manta. El mismo trabajo en equipo.

Colocan las almohadas y terminan la tarea. Avery mira a Ryan del otro lado de la cama y quiere acercarse, lanzar a Ryan al colchón y desarmar las sábanas que acaban de acomodar.

Pero Ryan no capta la señal. Se siente mal porque su ropa mojada está sobre la alfombra. Así que avanza, la recoge de nuevo y le pregunta a Avery dónde debería dejarla.

–Yo me encargo –le dice él.

–No, no, está bien, solo dime dónde ponerla.

–En la secadora. Por aquí.

Avery lleva a Ryan al cuarto de lavado y abre la secadora para él, como si fuera un portero. Ryan agradece con una reverencia y deposita sus pantalones y calcetines sobre los de Avery. Después de presionar unos botones, las prendas empiezan a girar.

–¿Ahora qué? –pregunta Avery, esperando que la respuesta sea que volverán a la cama que han creado.

–Quiero ver más de tu cuarto –responde Ryan. Su modo de decir “quiero conocer mejor tu cuarto” es otro modo de decir “quiero conocerte mejor”.

–Está bien. –Si hay decepción en el tono de Avery, Ryan no la escucha.

Cuando llegan al cuarto, Avery espera que Ryan tome asiento, se quede un rato. Pero en cambio, permanece de pie, observando.

–¿Qué es lo más vergonzoso que te enorgullece de este lugar?

–pregunta Ryan. En cuanto lo dice, piensa que sus palabras no tienen sentido. Pero Avery sabe a lo que se refiere.

–Aquí –dice. Camina hasta la estantería, donde un unicornio de felpa rosa custodia las obras completas de Beverly Cleary–. Ella es Gloria. Y fue, sin duda alguna, mi mejor amiga por un largo tiempo. Nunca estuvimos mucho tiempo separados. Antes era más brillante, pero ahora es más opaca. Creo que los dos lo somos. Mis padres no sabían cómo interpretar mi afecto por ella. Creían que podía aspirar a algo más alto como mejor amigo. Era imposible que ellos entendieran que la había convertido en la parte de mí que yo necesitaba escuchar... aunque fuera en forma de unicornio. Pero bueno, mis padres tuvieron que desaprender muchas cosas. Lo cual es otro modo de decir que tuvieron que aprender muchas cosas. Todos lo hicimos. Aún lo hacemos. Tú lo haces. Yo lo hago. Todos somos nuevos en esto.

Ryan se acerca a Avery y se detiene frente a él.

–Sin dudas soy nuevo en esto –dice. No habla de lo mismo de lo que habla Avery. En cambio, él se refiere a que es posible desaprender y aprender todas esas cosas, pero la parte más difícil, la parte más incómoda, aterradora y maravillosa, es estar en un cuarto con alguien que te gusta e intentar encontrar las palabras adecuadas que decir, hacer lo correcto con tu cuerpo, enviar la señal más clara para decir que esto significa mucho, que de verdad es muy importante.

Avery alza el unicornio para tocar la nariz de Ryan con el cuerno. Ryan ríe.

–Ella lo aprueba –le asegura Avery.



**Encontramos a alguien a quien amar y al encontrar esa persona,**  
descubrimos nuestra propia capacidad de amarlas.

La mayor parte del tiempo (no, siempre) no tenemos idea de lo que somos capaces.



### **Dos chicos besándose en un cuarto.**

Un chico deteniéndose para contar la historia de la vez que llevó un unicornio a la escuela.

El otro chico habla sobre su propia experiencia con unicornios, uno en una carpeta que tuvo que mantener oculta bajo la cama. Cuando sus padres lo encontraron, les dijo que era de una chica de la escuela, que ella se lo había dado como parte de una tarea conjunta. Lo cual era verdad, pero no era el motivo por el cual él lo había conservado tanto tiempo después de haber terminado con la tarea.

Los dos chicos conversan sobre unicornios y padres y gomas de borrar con forma de estrella. Los dos chicos debaten si hay algo culposo en los placeres culposos. Los dos chicos se alegran al decidir que no lo hay.

Los dos han olvidado la secadora, la hora de dormir, la nieve.



**Avery es quien bosteza primero, y en cuanto empieza, algo despierta en Ryan y él también bosteza.**

Están posados en la cama de Avery cuando esto sucede, pero saben que esta no es la cama en la que dormirán. Lo prometieron. Además, la cama de la sala de estar es más grande.

La madre de Avery ha puesto un cepillo de dientes nuevo para Ryan, uno que guardó de sus visitas al dentista. Es decir que Ryan y Avery pueden pararse uno junto al otro frente al lavabo del baño, cepillándose y escupiendo juntos. Es una primera vez para los dos, y comparten la intimidad del momento, la importancia de aquella dicha tan cotidiana. No es algo trascendental, y por esa razón es algo trascendental.

No hablan sobre cómo dormirán; simplemente van a la cama y se acomodan. Ryan no sabía con certeza si eso pasaría o no; Avery no sabía si Ryan querría o no que sucediera. La incertidumbre aparece, pero también aparece el deseo de ambos, un deseo casi existencial. Se recuestan uno junto al otro, pero no es igual que lo que fue en la nieve. Hay capas entre ellos, pero las capas son delgadas. Se acercan y se besan, y cuanto más se besan, más febriles son los besos. Sí, se besan con los labios, pero también se besan con las manos, la piel, los susurros y el calor. Ryan abraza a Avery, acerca su cuerpo al suyo, y Avery sujeta la espalda de Ryan y acerca su cuerpo al suyo también, y juntos sienten que se fusionan, que son dos y uno al mismo tiempo. No es necesario quitarse ninguna prenda. No es necesario cruzar ningún límite. Esta cercanía lo es todo. La sensación del otro. La sensación de que el tacto pueda generar algo semejante.

Luego, reducen la velocidad. Un tacto más ligero. Recostados, respirando. Preguntándose cómo es posible que los latidos se expandan tanto por el cuerpo. Sintiendo que el calor disminuye, pero no del todo.

Las voces lejanas y la cercanía del sueño. Avery observa a Ryan resistirse, parpadear y luego dormitar de nuevo. Avery le desea buenas noches. Ryan sonríe, se acurruca. Le desea buenas noches también. Luego se duerme, sumido en el sueño más dulce de todos.

Avery no puede conciliarlo tan fácil. Avery necesita pensar en esto mientras está pasando. Avery necesita comprenderlo para poder disfrutarlo. Así que observa a Ryan en la oscuridad azulada, observa a su pecho subir y bajar, una máquina extraordinaria. *¿Esto está pasando?*, piensa. *¿Cómo es posible?* Porque es una habitación que conoce bien. Sus padres están durmiendo del otro lado del pasillo, permitiendo esto. La nieve continúa cayendo afuera, el único motivo por el cual Ryan aún está aquí. Por el que pasa todo. Esto. Observas a esa persona que estás empezando a conocer, esa persona con la que quieres compartir futuros posibles, y de pronto, el mundo ya no es una conspiración de fuerzas en tu contra. También hay buenas conspiraciones; hay fuerzas que te ayudarán, que quieren que encuentres este tipo extraordinario de paz personal, este universo que cabe en una palabra de cuatro letras.

En la cabeza de Avery, todo esto se traduce como *me gustas en serio y quiero que esto funcione y no puedo creerlo y quiero creerlo y esto es real. Esto es real. Esto es real.*

Es imposible dormir con esos pensamientos. Es necesario esperar que reduzcan su velocidad. Esperar que se enfríen.

Mientras tanto, observas a la persona a tu lado. Y de algún modo, te observas a ti mismo también y te maravilla cómo todo parece encajar.



**Es imposible saberlo y es imposible demostrarlo, y sin duda no habrá modo de recordarlo, pero el instante en que Avery se queda dormido, la nevada se detiene.**



**Justo antes del amanecer, Ryan oye tanques en la calle. Su primer impulso es pensar que ha empezado una invasión alienígena... pero luego escucha el sonido un poco más y se da cuenta de que no son tanques: es una barredora de nieve.**

*Vete, piensa. Deja de hacer eso.*



**Más tarde, Ryan es el primero en despertarse de verdad. Desorientado por la casa, por la habitación, pero luego orientado por el cabello rosa a pocos centímetros de sus ojos, la verdad suave del cuerpo durmiente a su lado. Y solo a su lado: en algún momento de la noche, el brazo de Avery tomó el brazo de Ryan y permaneció allí, otra vez superpuestos.**

La única iluminación del cuarto proviene del sol que ingresa del exterior. Ryan se pone de pie, camina hasta la ventana, mueve la cortina y mira el paisaje nevado. Hay carámbanos, algunos largos como espadas, colgando del borde del techo.

–¿Todavía nieva? –pregunta Avery detrás de él.

–No –responde Ryan y voltea. Observando como Avery se incorpora despacio, se estira por impulso; esos movimientos infantiles propios de la mañana, cuando comprobamos si todo está funcionando y si recordamos cómo funciona. Aunque el cabello de Avery es un nido rosa y tiene los ojos entrecerrados y la marca de la costura de la almohada impresa en la mejilla, bajo esa luz, bajo el filtro pálido matutino, Ryan siente una atracción increíble hacia él: deseo, sí, pero también un cariño profundo, una estima profunda.

–Hagamos un dragón de nieve –balbucea Avery, cerrando los ojos. Ryan cree que no ha escuchado bien.

–¿Qué? –pregunta en voz baja, por si Avery se ha vuelto a dormir.

–Un dragón de nieve –repite Avery con más energía, y los ojos aún cerrados–. Seguro hay dragones de nieve de dónde vienes, ¿no?

–No –confiesa Ryan.

–Bueno. –Avery abre los ojos y se incorpora–. Supongo que tendré que mostrarte uno.

No se molestan en cambiarse la ropa con la que durmieron. En cambio, vuelven a la secadora y Ryan se pone los jeans sobre los pantalones deportivos. Los calcetines vuelven a los pies. Las botas vuelven sobre los calcetines. Los guantes vuelven a las manos.

Afuera hay mucha luz y ya no hay silencio: la mañana esta invadida por el goteo y las palas utilizadas en algunas casas cercanas. Si mira con atención, Avery puede ver recordatorios superficiales de las huellas de anoche. Incluso el ángel de nieve permanece como una sombra de su versión previa: aún presente, pero algo borroso.

Los chicos reúnen un poco de nieve, pero no cavan lo suficiente para que aparezca de nuevo el césped y arruine la ilusión blanca. Lo

que empieza como una pila de nieve poco a poco cobra forma. Lo que al principio parece una forma evoluciona a un cuerpo. Y del cuerpo, crece un cuello, una cabeza. Alas en el suelo. Una cola. Alguien al pasar no podría descifrarlo. Pero cuando la madre de Avery mira por la ventana, voltea hacia su esposo y dice:

–¡Mira! ¡Están haciendo un dragón de nieve!



### **Todos sabemos que algo hecho de nieve no durará.**

Pero todos recordamos cómo es tener nieve en las manos, hacer algo suave menos suave para poder usarlo para construir. Todos recordamos la sensación de estar afuera, de hacer una forma, de construir.

Así que parte de ello debe durar.



**Más tarde, Ryan encontrará los mensajes de su padre, diciéndole** que las calles ya están bien, así que debería volver a casa. Y después de que Ryan responda apagando su teléfono, la madre de Avery recibirá una llamada de la mamá de Ryan, diciendo lo mismo. Más tarde, Ryan, Avery y los padres de Avery se turnarán con dos palas para desenterrar la furgoneta de Ryan y hacer un sendero para que se marche. Pero no antes del almuerzo. No antes de una última ronda de besos en el cuarto de Avery. No antes de tomarse fotos con su creación.



**Mientras construyen el dragón de nieve, conversan, pero no sobre el dragón de nieve.** Avery no le indica a Ryan qué formas hacer; Ryan no hace sugerencias sobre el diseño de las escamas que dibujan con sus dedos descubiertos en la piel del dragón. No importa que Avery ya haya hecho esto antes. No importa que Ryan no lo haya hecho nunca. El resultado final no se parece en nada al que Avery hubiera obtenido si lo hubiera hecho solo, o si Ryan lo hubiera hecho. Será imposible saber quién hizo qué. El resultado es algo único propio de los dos.

Más tarde, dirán que es lo primero que construyeron juntos.

Es la primera de muchas cosas que será solo de ellos.